

Empezando á saber lo que era miedo,  
La noche, que lo vió, compadecida,  
Con una ala cubrió los campeones,  
Y dióles nueva vida.  
En tanto el gran Berardo,  
Libre de susto y con la faz serena,  
Aguja el paso tardó,  
Y con la hueca voz el barrio atruena,  
Y por la misma casa  
Casi rozando pasa,  
Sin que él, el fino Chisme, ni el Desvelo  
Descubran la escalera,  
Que yace por el suelo,  
Ni la victoria fiera  
Contra las frescas rosas alcanzada,  
Ni la temblante huerte agazapada.  
Pasó el negro nublado,  
Que tuvo al escuadron tan aterrado;  
Respira, baja, coge los despojos  
Con manos listas, con ansiosos ojos,  
Y al verlos tan hermosos, tan opimos,  
El gran Mendo exclamó: «Por fin vencimos.»

## CANTO IV.

Ya Febo en su carrera, fatigado,  
Habíase parado,  
En dos partes el día dividiendo,  
Ya con extraño estruendo  
Las calles y plazuelas resonaban  
Con los coches entrantes y vinientes,  
Y con la bulla de infinitas gentes;  
Y aún cerrados estaban  
Los dorados balcones  
De Tírsa, que entre mórbidos colchones  
Yacia en blando sueño sepultada.  
Ya en la alcoba callada  
Sus graciosos perrillos impacientes,  
Ansiando las caricias de su mano,  
Por tres veces en vano  
Habían arrastrado con los dientes  
Sus chinelas, metiendo mucho ruido;  
Ya habían sacudido  
Tres veces los sonantes cascabeles,  
Y revuelto, jugando, los papeles,  
Que en torno adornan el costoso estrado,  
Alhajado de moda,  
Y ya tres veces Cachafás, de toda  
La faldera caterva el más amado,  
Con sus pequeñas uñas delicadas  
Había hecho rumor en las almohadas,  
Gruñido con ardor, con impaciencia,  
Deseoso de igual correspondencia,  
Al fin se arroja en su precioso seno,  
De amor, de celos y despecho lleno,  
Y la hace sin cesar dulces halagos;  
Huyen con prontitud los sueños vagos,  
Y Tírsa, ya despierta,  
Ni á darle besos ni á dejarlo acierta,  
Pues se halla tan turbada,  
Que hasta su dulce Cachafás le enfada.  
Grita, llama, y al eco doloroso,  
La soñolienta casa se desvela;  
Con paso presuroso  
Al lecho acude su leal Marcela;  
Marcela, que en servirla diligente,  
Es criada y amiga juntamente,  
«¿Qué teneis, ama mía?  
La dice, ¿quién perturba la alegría  
De vuestra faz serena?  
¿Qué susto, qué rumor, qué amarga pena  
Os hace despertar tan de mañana?  
Decid, pues, ¿qué os agita, qué os afana?  
—¡Ay Marcela querida!  
Responde con la voz interrumpida.  
Compadece mi suerte; un sueño aciago  
Me anuncia un gran dolor, un fiero estrago:  
Escúchame, y verás si mi lamento  
Carcece de razón y fundamento.  
En medio de mi sueño ver creía  
Un joven que á mi lecho se venía,  
Tan galán, tan gracioso,

Que á mí nunca otro igual se ha presentado;  
Mas ¡ay, qué triste estaba y lastimoso!  
Tenía el blanco cuerpo trasapado  
Con heridas atroces, el cabello  
En su sangre empapado,  
Robado el nácar de su rostro bello,  
La lumbre de sus ojos apagada,  
El paso incierto, la habla perturbada.  
¿Qué tienes, joven? díjeme piadosa,  
¿Qué pecho tan crúel, qué mano odiosa  
Afeó de ese modo  
Una faz tan donosa?  
Dímelo, joven, dímelo ya todo,  
Pues no sé qué secreto impulso siento  
Que á quererte me mueve; me parece  
Que mi pecho á tu vista desfallece,  
Que es mio más que tuyo tu tormento.  
Con un largo suspiro sollozando,  
Mi mano toma, bésala llorando;  
¡Ay! no extraño, replica, Tírsa amada,  
Que así me desconozcas, pues airada,  
Hame la suerte infiel desfigurado.  
Yo soy Ornato, que otro tiempo al lado  
De la soberbia Juno  
Conseguí sus favores cual ninguno.  
Siempre que al gran Tonante visitaba,  
Consigo me llevaba,  
Conmigo más hermosa parecía,  
La vengadora diestra desarmaba,  
Conmigo, y cuanto ansiosa pretendía,  
Sólo con mi asistencia lo alcanzaba.  
Mas ¡ay! que yo, olvidando sus favores,  
A la reina servi de los amores  
Para que fuese con rubor vencida.  
¿Te acuerdas que en el Ida,  
Juno, Vénus y Pálas al troyano  
Pusieron en la mano  
La dorada manzana,  
Premio de la que fuese más hermosa?  
Entonces Vénus, de sí misma ufana,  
Persuadióme insidiosa  
Que á Juno abandonara,  
Y desanda en la lid se presentara.  
Hicelo así; la hermana del Tonante,  
Al mirar ya perdida la victoria,  
Con enojo y despecho fué al instante  
Al alcázar supremo de la gloria;  
Hallóme acompañando  
A otras diosas menores;  
No pudo contenerse; arrebatao  
El rayo á Jove: Prueba mis furiosos,  
Dijo, pues tu perfidia yo he probado....  
Caí del alto cielo despeñado,  
En humo envuelto, sin vigor, sin vida;  
Vénus, que oyó la mísera caída,  
Dejando á Chipre y al emperio cielo,  
Buscóme por el mundo con anhelo,  
Y encontróme en Lucania (1) junto á Pesto;  
Mas ¿cómo me encontró? Mi dulce gesto,  
Que á la celeste corte enamoraba,  
Negro, sangriento, destrozado estaba,  
Esparricado el cabello, ensortijado,  
No como cuando con el sol dorado  
En ondas vaguescentes competía,  
Sino como el que cria  
El tostado africano de Guinea.  
Miróme atenta la sensible dea,  
Y llorando con lúgubre lamento  
La rabia vengativa  
De la Saturnia altiva,  
Mis heridas atroces al momento  
Con sus perlas hermosas hinche y baña;  
Cobro así nuevo aliento,  
Aunque con forma de mi sér extraña.  
Mis piés tórnanse un vástago crecido  
De punzantes espinas guarnecido;  
Mi roja sangre, flor cual rubí ardiente;  
Mi destrenzada crin, follaje airoso,

(1) Lucania. Territorio de la Italia meridional, sobre el golfo de Tarento, donde estaba situada la ciudad de Sibaris. (Nota del Corrector.)

Y como nube densa prestamente  
Esparzo en torno el néctar oloroso  
Con que había mis hojas rociado;  
Con ambiente tan dulce y regalado  
Partiéronse contentos  
Los retozones vientos,  
Haciendo florecer el seco prado.  
Vénus, ufana del reciente hecho,  
Colocóme en su pecho  
Como primer adorno  
De un tierno corazón enamorado,  
Que á su querida ofrece igual retorno;  
Entregóme también el principado  
De todas cuantas flores  
Produce la fecunda primavera,  
Y con risa graciosa y placentera  
Mil ósculos me dieron los Amores.  
Mas ¡ay de mí! la cólera del cielo  
No se halla satisfecha todavía,  
Pues del Averno envía  
Tropas que me destruyan con anhelo.  
Ya me ves otra vez ensangrentado,  
Triste, abatido, mustio, destrozado.  
Los hados ¡ay! me ordenan que me aleje  
De este mi antiguo sitio y que te deje.  
Adios, querida Tírsa, adios; mi llanto  
Te muestre adónde llega mi quebranto;  
Adios.... Y suspendido de mi cuello,  
Revuelto con el suyo mi cabello,  
En sus amantes brazos me enlazaba,  
Y mi rostro con lágrimas bañaba;  
Yo con él juntamente me afligia,  
Y cuando me creía  
Estar con él llorando y abrazada,  
Me desperté aturrida y congojosa,  
Y al punto como sombra vagorosa  
Esta amable ilusión fué disipada.»  
Calla, y sus ojos dicen lo restante,  
Pues en llanto abundante  
Rompieron, inundando el rostro hermoso,  
Marcela se enternece, y con gracioso  
Semblante su temor quitar procura.  
«¿Dar fe á sueños? la dice, ¿qué locura!  
Pues son efectos de un vapor que sube,  
Como á los cielos la cargada nube,  
Y agitada del viento,  
Hombres, caballos, águilas figura;  
Los deshace al momento,  
Otros de nuevo forma,  
Y nunca en su sér fijo se conforma.»  
Que era la tal Marcela muy sabida,  
En casa de un canónigo nacida,  
Y después educada  
En la de un abogado de Granada.  
Con disgusto la escucha la adligida,  
Que toda chanza á su dolor enfada.  
Deja la pluma ociosa,  
Y en el suelo se pone presurosa,  
Sin que reciba de Marcela ayuda,  
Y así medio desnuda,  
Movida del recelo que la afana,  
Sus pasos encamina á la ventana.  
«Oh musa, que inspiraste  
Al cantor esmirneo  
La ira crúel del hijo de Peleo,  
Que estuyo para dar con todo al traste  
Por la imprudencia del divino Atreo,  
Ayuda á mi desío,  
Y á mi cansada voz aliento presta  
Para cantar la cólera funesta  
Que agitó el consternado  
Altivo corazón de Tírsa, viendo  
Con ludibrio y escándalo estupendo  
Su vistoso balcón desmantelado,  
Y en el suelo deshechos sus rosales.  
No fueron nunca tales  
Los alaridos, ni mayor la pena  
De Héctora por su amada Polixena,  
Y el niño Polidoro,  
A quienes inmolaron  
Amor de Aquiles y la sed del oro,  
Como los que la pena demostraron

De Tírsa al contemplar los tristes restos  
De su pasada gloria,  
Hechos añicos sus graciosos tiestos,  
Y del contrario la feroz victoria.  
Quedó pálida, atónita, pasmada,  
Y en brazos de Marcela desmayada,  
Mostróse viva imagen de la muerte.  
Pero su pena fuerte,  
Prestándola vigor y movimiento,  
Mil desatinos hace en un momento;  
Sus manos tuerce, del semblante blando  
Aja las rosas con rabioso anhelo,  
Y las rubias madejas arrancando,  
De oro entapiza el suelo;  
Ya tiembla, ya se alienta, ya furiosa  
No halla en la sala cosa  
Ni limpia, ni con orden colocada,  
Ya riñe con furor á la criada,  
Ya un profundo silencio se apodera  
De su afligido tétrico semblante,  
Y ya con flaca voz titubeante  
Explica su dolor de esta manera:  
«¿Lo ves, Marcela? ¿Ves cómo no ha sido  
Por un vapor mi sueño producido,  
Sino aviso del cielo?  
¿Ves ya cierta mi pena y desconsuelo?  
¿Cuál ¡ay! será la mano robadora  
Que vino así á deshora  
A turbar mis contentos?  
¡Ay, que no estamos ni en el lecho exentos  
De insultos, de venganzas, de traiciones!  
¿Que no hubiera sentido á los ladrones  
De mis amadas rosas!  
¿Que no tuviera fuerzas poderosas  
Para dar fin á vidas  
Tan fieras y homicidas!  
¿Yo sin mis rosas? ¿sin mi dulce ornato?  
¿Yo sin aquel encanto delicioso,  
Que á todos fué tan grato,  
Y me daba un lugar tan ventajoso  
Sobre mi sexo débil y envidioso?  
Los que así me han robado  
Habránlas presentado  
A quien, con pompa y arrogancia vana,  
Mostrándose con ellas más galana,  
Venceráme sin duda. ¡Oh pensamiento,  
Qué horrible estu tormento!  
¿Vencida yo? ¿Yo de otra avasallada?  
Mas vale en un convento  
Morir desconocida y encerrada.  
Adios, blondas, encajes, gasas, telas,  
Adios, joyas preciosas y brillantes;  
Pues se arma contra mi tantas cautelas,  
Para aquietar mi mal no sois bastantes;  
Adios.... Mas ¡ay! en tanto mi contraria  
Gozará con descanso la victoria,  
Y del mundo borrada mi memoria,  
En vano lloraré mi suerte varia.  
Mas ¿qué puedo yo hacer? ¿Adónde triste  
Acudiré llorando?  
¿Quién oirá la pena que me asiste?  
¿Quién á mi angustia mostraráse blando?  
¿Adónde encontraré lo que deseo?  
¡Ay Marcela! Si pronto no lo veo,  
Es mi dolor tan fuerte,  
Que al instante será mi triste muerte.»  
Calla, gime, y cerrando la vidriera  
Con ímpetu violento,  
De sus miembros el pismo se apodera,  
Y con gran sobrealiento  
En un sofá mullido toma asiento.  
«Oh desgraciada joven! ¡Oh infelice!  
Con extraño estupor Marcela dice,  
No merece tal trato tu persona.  
Mas, señora.... ninguno se corona  
De laurel hasta acabada la batalla;  
El héroe no se rinde ni avasalla  
Si hay esperanza alguna;  
Que es inconstante y varia la fortuna.  
No temas, que si acaso á saber llego  
Los fieros robadores  
Que han talado el balcón á sangre y fuego,

Les juro.... Pero vale á los dolores  
Dar vado lo primero,  
Que despues vengarme como quiero.  
Venid conmigo, que antes de una hora  
Estaréis ya, señora,  
Del todo sosegada.»  
La hermosa Tirsa, sin chistar á nada,  
Con un velo cubriendo su cabeza,  
A su socia obedece con presteza.  
Por dos hileras de árboles frondosos,  
En donde los graciosos  
Pajarillos su música entonaban,  
Las dos jóvenes bellas caminaban.  
Una casa á su vista al fin se ofrece,  
Cual la suelen pintar en sus consejas,  
Cerca del fuego, las parleras viejas,  
Cuando la noche con el frío crece,  
Humilde, pobre, estrecha y aseada,  
De un extendido bosque rodeada.  
El fúebre ciprés, la erguida palma,  
El adusto silencio, y una calma  
Pavorosa que en torno difundia,  
Todo todo oprimia  
El corazón de Tirsa, y ya resuelta  
Estaba en dar la vuelta;  
Pero Marcela su temor disipa,  
Y con osado paso  
A la afligida Tirsa se anticipa;  
Llega á la puerta, toca,  
Pica, repica, grita; no hacen caso  
De los esfuerzos de su mano y boca;  
Se enfada y arrempuja.  
O fuese auxilio de benigna bruja,  
Que allí contigua estaba,  
O fuerza mujeril, pues la hay tan brava,  
Lo cierto es que el postigo de repente  
Se abrió y la casa se mostró patente.  
¡Qué emblemas, qué figuras espantosas!  
¡Qué de espectros miraron, qué de cosas!  
Discurrían los largos corredores,  
Y llenas de temblores  
Estaban al oír que sólo el eco  
De su voz resonaba  
En aquel sitio solitario y hueco;  
La una temía, la otra recelaba,  
Y ya no osaban penetrar adentro,  
Cuando con tardo pié y aire afectado  
Sáelas al encuentro  
La admirable Léoncia, que ha logrado  
Por su grande virtud la digna suerte  
De ver su apoteosis  
Aun antes de la muerte.  
Sus tocas reverendas, que tapando  
El rostro confundían sus facciones,  
El color macilento, sus acciones,  
El triste suspirar de cuando en cuando,  
Sus ojos enclavados en el suelo,  
Y el tono de su voz de llanto y duelo,  
A Tirsa la tenían trastornada;  
Mas ella, entre medrosa y animada,  
«¡Qué hado feliz, exclama, qué fortuna  
Se me entra por las puertas de mi casa,  
Que una señora de tan noble cuna  
Busque una humilde de favor escasa?  
¿Cuándo lo grande fué tras lo pequeño?  
¿Es verdad lo que miro? ¿Acaso sueño?»  
Dijo Léoncia; y la sagaz Marcela,  
«Todas las cosas la virtud nivela,  
Responde con sereno continente.  
El sabio más humilde y abatido  
Merece levantar su ilustre frente  
A par del que contento ha recibido  
Una suerte feliz cuando nacia.  
Así, Léoncia, la señora mía  
Tu ciencia estima, tu virtud adora  
Y tu benigna protección implora.»  
No virgen encogida y retirada,  
Al oír su tratado casamiento,  
Más suspensa quedó, más perturbada,  
Revolviendo en su mente cosas ciento,  
Y matizando su semblante hermoso  
Con un carmin suave y vergonzoso,

Que Léoncia escuchando su alabanza a.  
«¿Qué puede hacer, replica, ni qué alcanza  
Un reptil como yo tan despreciable?  
Sólo la ciencia es dable  
Al que, á grandes estudios entregado,  
Su vida entre los libros ha gastado;  
La virtud no es común, apenas uno  
Este nombre merece  
De cuantos con el rostro triste, ayuno,  
La vil hipocresía nos ofrece.  
Yo, ménos sábia, ménos virtuosa  
Que cuantos viven sobre la haz del mundo,  
Me arredro, me acobardo, me confundo  
De que penseis tal cosa.»  
Tirsa, que estaba oyendo sus razones  
Suspensa y admirada,  
Al contemplar virtud tan acendrada,  
Estuvo por dejar sus pretensiones;  
Mas tal era el deseo de la rosa,  
Que al fin dijo con lengua fervorosa:  
«¡Ay madre! La humildad que en vos advierto,  
Más que todo me anima  
Para que mi dolor intenso exprima  
Ante quien me parece ya de cierto  
Será para mi pena dulce puerto.  
En tanto recibid, Léoncia mía,  
Mis cortas oblaciones  
(Y Léoncia con mano humilde y pia  
Recogió los doblones);  
Y decid: ¿quién robóme mi alegría?  
¿Quién rompió mis macetas delicadas?  
¿Por quién mis rosas fueron destrozadas,  
Y quién conserva osado los despojos,  
Patente haciendo todo ante mis ojos?»  
La sábia atenta oyó sus tristes quejas,  
Frunció los labios, enarcó las cejas,  
Volvió la vista con desden al cielo,  
Rodeóla espantosa por el suelo,  
Y cual en otro tiempo, arrebatada  
La délfica sibila de entusiasmo,  
Causaba á todos pasmo  
Con su faz encendida y demudada,  
Erizado el cabello,  
Los ojos con furor, hinchado el cuello,  
Y su tremenda voz como torrente  
Que entre las rocas resonando baja;  
Así Léoncia con ardor trabaja,  
Y este oráculo dice finalmente:  
«La que tenga la rosa  
La palma llevará de más hermosa;  
Guerras, horribles guerras veo en tanto,  
Y el sexo femenino sumido en llanto.»  
Calla, la mira, y con sangrienta boca  
A rabia y fiero encono la provoca,  
Y al punto de su vista desaparece.  
Así como acontece  
Llenarse el aire vano  
De luz en una noche de verano  
Por una exhalacion, que corre presta  
Hacia la parte opuesta,  
Y el que está descuidado,  
Al nuevo resplandor queda asombrado,  
Huye Léoncia con activo vuelo,  
Causando asombro, dando desconsuelo.  
Conoce entonces Tirsa á la Venganza,  
Que en traje humilde se mostró vestida;  
Teme su furia, teme su pujanza,  
Y así se postra triste y abatida.  
«Oh diosa, dice, si mi ruego alcanza  
Ser de tí en este lance socorrida,  
Véngame del ultraje que me han hecho;  
Las rosas vuelve á mi desierto pecho.  
Tu altar soberbio del humor sabeo  
Se verá de continuo rociado,  
Cuanto existe en el mundo á tu deseo  
Será con prontitud sacrificado;  
Con tal de conseguir este trofeo,  
Te ofrezco, oh diosa, mi perrillo amado;  
Mi Cachafás, que tanto me complace,  
En tus manos pondré, si es que te plaee.»  
Leoncia, no Leoncia ya, que habia  
Descubierto su faz y ser divino,

Por el azul etéreo se subia,  
Y ya llegaba al cielo cristalino,  
Mirando el sobresalto que tenia,  
Llenó su pecho de vigor ferino,  
De modo que cuanto ella pronunciaba  
Una fiera venganza respiraba.

## CANTO V.

En tanto, sacudiendo el torpe sueño,  
Ligero se levanta el valeroso  
Ardiente capitán, Mendo famoso,  
Y con adusto ceño  
Interrumpe á los suyos el reposo.  
¡Hasta cuándo, les dice, entorpecidos  
Habéis de prestar gusto á los sentidos?  
El descanso, el sosiego, los cohechos  
Desdican de los inclitos varones.  
El campo de batalla sanguinoso,  
Las duras armas, el cañon tremendo,  
El clarín penetrante, el sonoro  
Parche, la sangre, el fiero estruendo  
Convienen sólo al corazón valiente,  
Y no dormir suave y dulcemente.  
Después de conseguir una victoria  
De inmarcesible gloria,  
Y que el tiempo fugaz ni el tardo olvido  
Arrancarán jamás de la memoria,  
Mi ejército dormido  
Veo, de sus trofeos olvidado?  
¡Qué rabia! ¡qué desdoro!  
¿Quién hubiera pensado  
En vosotros hallar tal apatía?  
¿Quién que explicara con amargo lloro  
Lo que nunca en vosotros me creía?  
Levantad esos cuerpos soñolientos,  
Sacudid la pereza,  
Recoged, pues, los bélicos fragmentos  
Y llevados á Quica con presteza.  
Ella os espera con ardiente anhelo,  
Y, al mirarse vengada tan aprisa,  
Dará con dulce y agraciada risa,  
A vosotros placer, á ella consuelo.»  
Como suele una tropa fatigada  
De un combate tenaz quedar rendida,  
Y en un profundo sueño sepultada,  
Reparar en la noche tenebrosa  
Sus extenuadas fuerzas, mas oída  
La música horrorosa  
De la presta alarmante generala,  
Sacudir el letargo, y al instante  
Oponer al acero y á la bala  
Desnudo el pecho con jovial semblante;  
No de otro modo Pardo y Nuño olvidan  
La pluma perezosa,  
Y á otros nuevos asaltos se convidan  
Con pecho fuerte y alma fervorosa.  
Y mientras en pañuelos delicados,  
Por manos primorosas festonados,  
Colocan los despojos de la guerra,  
Y el capitán encierra  
Bajo el manto un rosal fresco y entero,  
Único en la batalla prisionero,  
El mismo que arrojado  
Por Mendo con esfuerzo arrebatado,  
Hace á Nuño por poco un mal servicio;  
Con rostro afable y ademan propicio  
Prosigue su discurso de este modo:  
«Ya el trabajo mayor está vencido,  
Ó, por mejor decir, ya se halla todo  
Con valor concluido:  
Sólo falta sacarlo del olvido.  
¿De qué sirven acciones señaladas  
Si quedan en silencio sepultadas?  
El deseo de fama  
Es lo que al corazón valiente inflama.  
A Quica la primera  
De los despojos demos  
Los más aventajados, los que quiera;  
Mas también con las rosas adornemos  
Los pechos generosos  
De nuestras Dulcineas.

Al verlos con adornos tan graciosos,  
Y al ver desbaratadas las ideas  
De Tirsa, que ser única quería  
En semejante ornato,  
A todo el sexo le será muy grato  
Nuestra gallarda acción y bizarría;  
Creciendo nuestro nombre  
Tanto, que al mundo y al empero asombre.»  
Calla, y prosiguen; el palacio encienden  
Y en los salones presurosos entran.  
La generosa Quica, que apercibe  
La vencedora hueste, la recibe  
Con tal demostracion, tal alborozo,  
Que por poco en sus brazos los estrecha,  
Contempla, llena de indecible gozo,  
Desbaratado su enemigo encanto.  
Y de puro contenta y satisfecha,  
Sus ojos se expresaron con un llanto  
Tan dulce, tan precioso  
Como el que vierte la rosada aurora.  
«¡Oh día para mí muy venturoso!  
¡Oh noche singular! ¡oh feliz hora!  
Exclama Quica, en tono de alegría;  
Ya me veo de Tirsa vencedora,  
Ya se ha logrado la ventura mía.  
Y vosotros, valientes campeones,  
Cuyas grandes acciones  
Emudecen los ecos resonantes  
Con que la Fama alaba  
Los griegos y romanos arrogantes  
(Sólo mejores porque fueron antes),  
Mi corazón no acaba,  
Como es obligacion, de agradeceros  
Semejante fineza.  
¿En qué puede una dama complacerse?  
Pedid, pedid; veréis con qué presteza  
Os sirvo agradecida,  
Y os doy, si es menester, la misma vida.»  
Mendo entonces declara el pensamiento,  
Y Quica se turbó por un momento;  
Como tan orgullosa, ella quisiera  
Ser única entre todas, no primera;  
Mas tuvo que ceder, porque temia  
A una hueste triunfante, que podia,  
Si al partido contrario se pasaba,  
Quitarla la victoria,  
Que á su favor estaba.  
Lo que puede el deseo de la gloria!  
Entonces desatando  
Los hinchados pañuelos, descubrieron  
El bello contrabando,  
Y en tierra lo extendieron,  
Con un cierto desorden en las flores,  
Que daba más realce á sus colores.  
Al punto repartieron los despojos  
Del modo que se habia decretado.  
La grande Amira, de lucientes ojos;  
La agraciada Belisa,  
De airoso cuerpo y pecho levantado;  
La delicada Anarda,  
Amante de los juegos y la risa;  
La robusta blanquísima Berarda;  
La muchacha Drusila bien hablada,  
De Marte, Apolo y Venus estimada;  
La alegre Silvia, de dorada frente;  
Ina, de corazón dulce y ardiente;  
Sensible Filis, singular Nerina,  
En cuerpo, en canto y en talento fina,  
Y otras deidades que mi labio calla  
Porque mi musa no halla  
Voces para alabarlas enal quisiera,  
Fueron nombradas por la hueste fiera  
Para el repartimiento de las rosas,  
Y dando las más frescas, más hermosas  
A Quica, las restantes regalaron.  
¡Cuán contentos quedaron  
Al contemplar las rosas ya robadas,  
A su gran protectora complacida,  
Y la preciosa presa repartida  
Entre sus Dulcineas adoradas!  
«¡Y qué! Quica exclamó. ¿Tan sólo un día  
Tendrá de duracion la gloria mía?

Como las rosas frágil, he de verla  
Nacer y marchitarse en un momento?  
Más pesar me ocasiona ya perderla  
Que cuando la alcancé tuve contento.  
No lo he de permitir de modo alguno.  
Ese rosal, librado  
Del combate importuno  
Y de grasienta tierra rodeado.  
Debe ser colocado  
En una ancha maceta  
De las que adornan el jardín vecino.»  
Ni más ligero tiro de escopeta,  
Ni más veloz revuelto torbellino,  
Ni más vivo el humano pensamiento  
Fueron jamás, que al nuevo y raro intento  
Los fuertes campeones obedientes.  
Salieron diligentes  
Por una dilatada galería;  
El depósito Quica conducía  
Con reverente pompa y á sus lados  
Marchaban Nuño y Pardo mesurados;  
Mendo detrás su paso encaminaba,  
Y en sus robustos brazos sustentaba  
Un instrumento de cavar pequeño.  
Llegaron con risueño  
Y apacible semblante,  
Y al contemplar delante  
La dichosa maceta, destinada  
Para ser en su seno perpetuada  
La agradable memoria  
De tan completa singular victoria,  
Hinchóse el aire de algazara y gozo,  
Concedióse lugar al alborozo,  
Los oprimidos pechos se explayaron,  
Y en seguida callaron  
Para escuchar á Quica atentamente,  
Que así dijo con dulce continente:  
« Cuando contemplo el éxito dichoso,  
El secreto y el modo prodigioso  
Con que tan alta empresa se ha acabado,  
Creo que el mismo cielo, penetrado  
De mi gran sentimiento,  
Quiere premiar mi afán, darme contento.  
Las rosas están todas destrozadas,  
Las damas con honor desagaviadas,  
Mi contraria abatida,  
Y su altiva arrogancia confundida,  
Yo en extremo contenta y satisfecha,  
Porque miro deshecha  
La causa principal de mi desvelo,  
Ya veo con anhelo  
Los hombres desertar de sus banderas;  
Ya no estarán, como ántes, deslumbrados  
Con vanas apariencias lisonjeras.  
Ya no más, engañados  
Con graciosos adornos seductores,  
Juzgarán por primores  
Lo que era un artificio solamente;  
Ya mirarán patente  
Mi cándida hermosura,  
Y verán que á la suya sobresale,  
Como el día esplendente  
Sobre la noche oscura.  
No habrá conquistador que á mí se iguale  
En tener prisioneros.  
¡Cuántos, ay, y cuán fieros!  
¡Cuántos ilustres, cuántos poderosos,  
Y todos en servirme presurosos!  
Y vosotros, guerreros  
Fortísimos, valientes y atrevidos,  
¡Oh qué gloria inmortal habeis ganado!  
Por todos los nacidos  
Será vuestro alto nombre respetado,  
Sonando en los oídos  
Lo mismo que el de Alcides ó Teseo;  
Que si ellos libertaron  
La tierra y mar de tanto monstruo feo,  
Vuestras heroicas manos arrancaron  
Unas flores más fieras y dañinas,  
Envidia y comezon de damas finas;  
En tanto yo, oficiosa,  
Cuidaré de esta linda y fresca rosa,

Apénas por las puertas del Oriente  
Muestre su luz el sol resplandeciente,  
En el risueño abrasador verano,  
Será regada por mi activa mano;  
Cuando en el medio esté de su carrera,  
Cubriréla con sombra placentera;  
Porque pudieran sus ardientes rayos  
Borrar su lustre, ocasionar desmayos.  
Y cuando el frío invierno contra el suelo  
Blancos copos arroje ó duro hielo,  
Con cristales cubierta, y animada  
Con estufas calientes,  
Será de sus rigores preservada.  
Mis manos diligentes  
En todo tiempo cortarán las ramas  
En que se vean las ardientes llamas  
Que animan su hermosura ya apagarse,  
Para que nunca llegue á marchitarse,  
Y con cuidados nuevos  
Trasplantaré constante sus renuevos,  
A fin de que, aumentando  
Su prole graciosa,  
Se vaya con los siglos perpetuando.  
Mi familia, eficaz y cuidadosa,  
Repetirá con ansia mis anhelos,  
Y cuando quieran los eternos cielos,  
Después de una feliz vejez tardía,  
Llevar al hoyo la hermosura mía,  
Este afán de la rosa, este cuidado  
Quedaré entre mis bienes vinculado.  
Otro fuego de Vesta inextinguible  
Será el rosal (memoria duradera  
De un corazón sensible,  
Que hasta alcanzarlo tuvo pena fiera)  
Aquel sólo que muestre ardiente celo  
En conservar las flores con desvelo,  
Dueño será del rico patrimonio  
Que en el día poseo.  
Daré así al mundo eterno testimonio  
De vuestra bizarría y mi deseo.  
Sí, valientes guerreros, sí, yo creo  
Que dure vuestra fama merecida  
Tanto como esta rosa tenga vida.»  
Dice; callan. ¡Ay Dios! nunca completa  
Fue la dicha del hombre;  
Ni cuando gana nombre  
Al són de la trompeta,  
Ni cuando duermé en regalado lecho;  
Siempre pesares hay contra su pecho.  
Pues en medio del triunfo se levanta  
Un revuelto huracán con fuerza tanta,  
Que, sacudiendo la agraciada rosa  
Que en sus nevadas manos  
Llevaba la guerrera jactanciosa,  
Empieza á dar vaivenes inhumanos;  
De suerte que por poco cae en tierra  
El bello fruto de la horrenda guerra.  
Mas, del impulso fuerte meneadas  
Algunas tiernas hojas destrozadas,  
En el pecho de Quica se abrigaron,  
Y algunos duros pinchos se enredaron  
En el rico finísimo pañuelo  
Que otras rosas encubre y otro cielo.  
Fue á quitárselos Quica, y al instante  
Sintióse mal herida;  
Por uno penetrante;  
La sangre, de sus dedos despedida,  
Manchó á los campeones;  
Temblaron sus valientes corazones  
Con semejante agüero,  
Señal de estrago sanguinoso y fiero,  
Pero, no dando oídos  
A los tristes avisos repetidos  
Del cielo disgustado,  
Con valor denodado  
Una hermosa maceta rodearon;  
Nuño y Pardo cavaron,  
Sostuvo el rosal Quica, y con su apoyo  
El presto Mendo púsole en el hoyo.  
Los tres al punto con ligeras manos  
Elevándola ufanos,  
La colocan con aire respetoso

Y en un un instante deja tan vacía  
Y tan limpia la fuente como el día  
Que salió de las manos del artista;  
Tan valiente la hueste fue y tan lista;  
Y así, para perpétua y alta gloria,  
Celebraron los cuatro la victoria.

## CANTO VI.

Este triunfo jovial fué presenciado  
Sólo por Clara y el galán Paulino,  
De todos los criados el más fino,  
Que de Quica ocupaba siempre el lado  
En el coche, en la calle y en el templo.  
Este, de travesura y vicio ejemplo,  
Estaba de Marcela enamorado,  
Y para ser su esposa le faltaba  
La santa bendición únicamente.  
Pero no era Paulino el que presente  
A la algazara estaba;  
Era el agudo Chisme, que, tomando  
Su figura y talante,  
De todo el hecho estívose informando.  
Parte el Chisme al instante  
Y á la incauta Marcela  
El secreto revela;  
Grita la jóven con amargo tono,  
Y asustada refiere á su señora  
El furor, el encono  
De Quica y de la hueste robadora.  
Estaba Tirsa al tocador, poniendo  
Sobre la rubia frente varias flores;  
Pero fueron tan grandes los temblores,  
La novedad oyendo,  
Que tres veces llevó desde la falda  
Al encrespado pelo  
Una linda guirnalda,  
Y tres veces cayósele en el suelo.  
La mano vaciló, toda turbada  
Sobre el fragante bote de pomada,  
Y fué algún rizo en punto tan funesto  
Por sus trémulos dedos descompuesto.  
Miró á Marcela; un ¡ay! lanzó profundo;  
Estívose gran rato silenciosa;  
Mas luego, con semblante furibundo,  
Exclama: « ¡Qué, Marcela! ¡Jactanciosa  
Ha de estar de su triunfo mi enemiga!  
¡Sin afán, sin trabajo, sin fatiga  
Conseguirá abatir mi fiero orgullo!  
¡Destruir tantas rosas, sin dejarme  
Ni siquiera de lástima un capullo!  
¡Lo tengo de sufrir y no vengarme!  
No; al instante declárese la guerra  
Contra Quica, estremézcase la tierra,  
Y vea el fin funesto que se alcanza  
Moviendo á una mujer á la venganza.»  
Marcela su dictámen desapruueba  
Con dulces amorosas expresiones;  
« ¡Ay señora! la dice, nunca os mueva  
El ansia de imitar á los varones.  
Naturaleza sabia ha señalado  
Los límites del sexo y del estado:  
El hombre corpulento,  
De miembros reformidos, debe ufano  
Manejar con nudosa y firme mano  
El bélico instrumento;  
Pasar al sol, al aire, á la intemperie  
Aquella horrible serie  
De trabajos que al templo de la Fama  
Le lleva como Alcides;  
Pero de una muchacha, de una dama,  
Otras las penas son, otras las lides,  
Y más cuando no está, como la yedra,  
Al fuerte muro asida.  
En tanto recatada y recogida  
Todo le da temblor, todo la arredra:  
La insinuación, la gracia, la dulzura  
Deben acompañar á la hermosura,  
Cuando rendir intenta  
A un contrario que altivo se presenta;  
Pero cuando á la vista se recata,  
Cuando perfidias y cautelas trata,

Se debe pelear del mismo modo.  
 Creed mi parecer: ya veis que en todo  
 Procuró vuestra gloria y vuestro gusto;  
 Desechad el pesar, borrad el susto;  
 Y apenas de la noche el negro manto  
 A unos cause placer, á otros espanto,  
 Irémos juntas al palacio en donde  
 Vuestra alegría la traicion esconde,  
 Y siendo por segunda vez robada,  
 Quedaréis con su hallazgo consolada. »  
 Hicieronla tal fuerza sus acentos,  
 Que se fué sosegando por momentos  
 Y tranquila esperó la feliz hora  
 Que debía sacarla vencedora.  
 En fin, la hora llegó tan deseada,  
 Y Tirsa, apresurada,  
 Con Marcela á la casa se dirige,  
 Donde se halla el trofeo ya erigido  
 De la victoria que á su pecho aflige;  
 Cuando á lo lejos siente un ronco ruido,  
 Que el corazón le deja comprimido.  
 «¡Ay Marcela! exclamó, ¡Marcela mía!  
 ¡Cómo la suerte impía  
 En angustiarme pecho se complace,  
 Y todos los placeres me deshace!  
 ¡No adviertes el sonido estrepitoso  
 Que por la angosta calle se difunde?  
 ¡No te arredra y confunde  
 El eco pavoroso  
 Que se va por las plazas derramando!  
 Como negra tormenta,  
 Que viene de los polos retronando,  
 Resuena en los oídos.....  
 Ya el estruendo se aumenta  
 Y también de mi pecho los latidos.....  
 El suelo se estremece,  
 Se agitan las vidrieras y ventanas,  
 El són horrendo crece.  
 No soplan las violentas tramontanas  
 A la falda del cano Pirineo  
 Con impetu mayor. Pero ¿qué veo?  
 ¡Qué resplandor activo, qué vehemente  
 Las casas iluminan!  
 La luz resplandeciente  
 Por puntos, por momentos se avecina.  
 ¿Qué será? ¡Qué pavor! Yo tiemblo y temo  
 Que mis males ya tocan al extremo.  
 Mas ¡ay Dios! ¡será cierto lo que miro?  
 Es fijo, no deliro;  
 Aquélla es ¡ay Marcela! la carroza  
 Con que la altiva Quica se aboriza,  
 Aquellos los eaballos espumosos  
 Que de las aguas béticas sonantes  
 Tomaron los alientos generosos;  
 Aquéllas las libreas rozagantes.  
 Allí va, mira, mira cuán ufana  
 Está del triunfo; mírala qué vana.  
 No sin razón el ruido  
 Ha causado en mi pecho sobresalto.  
 No te adelantes más, hagamos alto;  
 Si nos descubre, todo se ha perdido.  
 ¡Oh diosa que pusiste á tu cuidado  
 La empresa que medito vengadora,  
 Mira mi amargo estado,  
 Y sácame, señora,  
 Del conflicto que tiene mi alma ahora.»  
 Dijo; y con una nube la circuye  
 La Venganza al momento,  
 El triste Temor huye,  
 Y la afligida Tirsa cobra aliento;  
 En fin, prosigue, pasa, casi roza  
 La brillante carroza,  
 Sin que nadie repare en las guerreras,  
 Que llegaron ligeras  
 Y alegres á la casa deseada  
 Con una protección tan declarada.  
 Paulino, el de la blonda cabellera,  
 O el Chisme en su figura,  
 A recibirlas sale á la escalera,  
 Y un éxito feliz les asegura,  
 Y guiando sus pasos, las conduce  
 Adonde el triunfo está de la victoria;

Su presencia en las jóvenes produce  
 Una tierna amarguísima memoria.  
 A los ojos de Tirsa se asomaron  
 Mil lágrimas ardientes,  
 Y sus brillantes luces eclipsaron.  
 Miró la rosa, y contempló presentes  
 Los gustos que le había producido  
 Este adorno sencillo y delicioso;  
 Y cómo todo el sexo, codicioso,  
 Había igual fortuna apetecido,  
 Que ella sola gozaba en más felices  
 Tiempos de sus matices,  
 Y sólo su fragancia regalaba  
 Su seno altivo, en donde se abrigaba  
 Como en su propia cuna;  
 Mas ¡qué inconstante le era la fortuna!  
 En estas reflexiones abismada  
 Estaba Tirsa, sin moverse á nada,  
 Cuando exclama Paulino:  
 «El Tiempo, como presto torbellino,  
 Arrebata las horas.  
 Y vosotras, señoras,  
 Dejais pasar instantes tan preciosos  
 Mirando con semblantes dolorosos  
 Las glorias ya pasadas.  
 Si pretendéis vengaros, no paradas  
 Gasteis el tiempo en tristes reflexiones,  
 Imitad á los fuertes campeones  
 Que en el silencio de la noche oscura  
 Causaron vuestra pena y su ventura.  
 Arrancad esa rosa;  
 Vos, Tirsa, demostradla jactanciosa  
 A vuestros enemigos, porque vean  
 Que en vano todos contra vos pelean.  
 Pero primero tú, Marcela mía,  
 Que sabes dar fomento á los placeres,  
 Señálate entre todas las mujeres  
 Por tu ardiente valor y gallardía,  
 Y así en todo serás la más completa.  
 Ni este palacio ni el jardín respeta,  
 Haz doscientos pedazos  
 La encantada maceta,  
 Y vuela luego á mis amantes brazos,  
 Que en premio de una hazafia tan gloriosa  
 Te esperan cual si fueras ya mi esposa.»  
 Dijo; y Marcela, que de amor herida,  
 Con delicioso encanto le escuchaba,  
 Nacer siente una fuerza horrible y brava  
 En medio de su pecho, y conmovida  
 Del deseo de gloria y de venganza,  
 A la hermosa maceta se abalanza.  
 En vano su furor parar procura,  
 En vano los alegres robadores  
 Pusieron á la reina de las flores  
 Encima de un pilar de inmensa altura,  
 Y en vano prometió la altiva diosa  
 Que á Quica ampara, con la faz graciosa,  
 Su vida defender constantemente;  
 Pues Marcela, con mano diligente,  
 La ase, la agita, y á su ardor violento  
 No puede resistir; pierde su asiento,  
 Tiembla, vacila y cae despeñada,  
 Cual suele reventar mina preñada  
 De salitre, carbon y azufre unidos,  
 Que los robustos muros sacudidos  
 A tierra vienen con horrible estruendo,  
 Acá y allá esparciendo  
 Los deshechos sillares,  
 No de otra suerte cascós á millares  
 De la rota maceta, derramados,  
 Con lástima declaran  
 El rigor de los hados,  
 Que en rosas y macetas no reparan.  
 Al no esperado ruido,  
 Vuelve en sí la afligida  
 Del éxtasi en que estaba sumergida.  
 «¿Qué es esto?», exclama en tono dolorido.  
 «¿Qué ha de ser? la responde vigorosa  
 La triunfante Marcela.  
 Volveros vuestra rosa,  
 Destruir del contrario la cautela,  
 Arrancar de sus manos la victoria

Y coronaros de perpétua gloria.  
 Aquí tenéis la flor tan suspirada;  
 Ya estáis asegurada  
 De tener el imperio soberano  
 De todas las mujeres,  
 Ya os veréis sumergida en los placeres,  
 Pues se halla en vuestra mano  
 Este moderno Paladion troyano.  
 Ya el oráculo sabio se ha cumplido,  
 Y los cielos por vos se han decidido.  
 Tomadla, y presentaos con audacia  
 Ante la altiva Quica;  
 Mostrad vuestra hermosura, vuestra gracia,  
 Y esta presea delicada y rica;  
 Ella brille á sus ojos  
 Y padezca, al mirarla, mil enojos;  
 Mas venid: no conviene á quien alcanza  
 Victoria tan cumplida,  
 Digna de una continua remembranza,  
 Ir sin la pompa á su valor debida.  
 El tocador afable,  
 Ese amigo constante y cariñoso;  
 Ese, que os sirve ansioso  
 Con prontitud y gusto incalculable;  
 Ese, que siempre vuestro puerto ha sido  
 En todos los reveses de fortuna,  
 Que tanto vuestro afán ha complacido,  
 Ahora os llama, os insta, os importuna,  
 Pues tiene preparadas  
 Mil esencias, mil polvos, mil pomadas,  
 Que á vuestra gloria ofrece.  
 Venid, Tirsa, venid, pues me parece  
 Que algún nimen, bullendo en mis entrañas,  
 Me dicta las acciones más extrañas,  
 Y que, teniendo el ánimo agitado,  
 Tengo de improvisaros un peinado.  
 En él expresaré con todo esmero  
 Vuestro pesar primero,  
 Y luego vuestro triunfo prodigioso  
 De un modo singular, pero gracioso.  
 Las rosas se verán caer rodando  
 Desde la cumbre de su sólio augusto,  
 Rotas, marchitas, lánguidas, causando  
 Llanto á los ojos, á los pechos susto.  
 Pero cual suele la fecunda chueca  
 Cuando cae un turbión, que el cuerpo ahueca,  
 Las anchas alas tiende,  
 Y del agua defiende  
 A la caterva inmensa de polluelos,  
 Con la misma actitud, tales anhelos,  
 Una rosa estará sobre el batido.  
 Allí, como en su nido,  
 Extenderá sus hojas numerosas  
 Sobre las que se abaten presurosas  
 Con misera caída.  
 Dando á las muertas con su sombra vida,  
 Demostrará bien claro  
 Que vuelve á renacer bajo su amparo  
 Vuestra gloria pasada,  
 Que cayó, cual las flores, despeñada  
 De la más alta cumbre.  
 Y á fin de que deslumbre  
 Más y más al contrario ya vencido,  
 Se encuentra prevenido  
 El escuadrón de hierros tortuosos,  
 El brasero, los peines, papillotes;  
 Mis dedos primorosos  
 Pondrán mil letras, formarán mil motes  
 En rizados diferentes,  
 Que estos triunfos al mundo hagan patentes.  
 No me contento sólo con peinaros;  
 Quiero, Tirsa, también, quiero adornaros  
 Según mi fantasía.  
 El vestido denote la alegría  
 Que reina interiormente.  
 El pecho altivo la victoria ostente;  
 En medio de su fuego colocada  
 La rosa verdadera, libertada  
 Del duro cantiverio,  
 Muestre su gala, deje ver su imperio.  
 No haya en torno colores  
 Que puedan eclipsar sus resplandores.

Brille en el pecho, cual el sol luciente  
 En los cielos ostenta su luz clara,  
 Que á su fulgor activo cara á cara  
 No puede resistir ningún viviente.  
 Así, al verla en un trono tan precioso,  
 Todo pecho envidioso  
 Interiormente sea consumido,  
 Y haga así vuestro triunfo más cumplido.»  
 Dijo; entrególa con gracioso gesto  
 La rosa de cien hojas,  
 La rosa origen del ardor funesto,  
 De las penas acerbas y congojas  
 Del sexo delicado.  
 Tomóla Tirsa con jovial semblante,  
 Haciéndola cariñosos al instante.  
 Cual madre que advirtió precipitado  
 Caer al agua el hijo pequenuelo,  
 Se llena de opresión y desconsuelo,  
 Creyéndole en las ondas anegado;  
 Mas al verle volver alegre y bueno,  
 Le estrecha dulcemente  
 Al amoroso seno,  
 Le besa y le rebesa,  
 Y su contento expresa  
 Con silencio elocente,  
 Que siempre calla quien de veras siente;  
 Así Tirsa, callando,  
 Su extremado placer está mostrando;  
 Ya la acerca, y recrea  
 Con su esencia el olfato;  
 Ya la contempla un rato;  
 Ya, mudando de idea,  
 Entre sus blancos dedos la coloca;  
 Ya la llega á la boca  
 Y con besos suaves repetidos  
 Regala al alma, agrada á los sentidos,  
 Haciendo estos extremos de alegría,  
 Se sale la contenta compañía  
 En pos de su destino,  
 Cuando el blondo Paulino  
 Bate las palmas en tan alto tono  
 Y con tal algazara,  
 Que una y otra se pára  
 Absortas de aquel raro desentono;  
 Mas al volver la cara,  
 Al conductor no encuentran de la empresa;  
 Sólo una nube espesa  
 De polvo, con revueltos torbellinos,  
 Advierten, como suele en el verano,  
 Al recio soplo de huracán insano,  
 Levantarse en las plazas y caminos.  
 «¿Lo veis? Marcela exclama alborozada.  
 ¡Mirad ya vuestra gloria asegurada!  
 Sin duda una deidad fué quien, piadosa,  
 En la figura del hermoso paje  
 Quiso vengaros del atroz ultraje,  
 Conduciendo esta empresa prodigiosa.»  
 Dice; y ambas, postradas  
 En tierra con postura reverente,  
 Las manos á los cielos levantadas,  
 Al incógnito Dios, al Dios clemente,  
 Rinden gracias, ofrecen oblaciones  
 Con humildes y alegres corazones.

## CANTO VII.

¡Oh musa, que, benigna, te has dignado  
 Inspirar en mi pecho  
 Las causas y progresos de aquel hecho,  
 Que tanto al sexo hermoso ha trastornado!  
 Mirame ya cansado,  
 Que apenas puedo con pesado aliento  
 Un asunto seguir de tal momento;  
 Y así, tu influjo bondadoso presta  
 Para cantar lo poco que me resta,  
 El ánimo inflamando;  
 A fin que pueda yo de cuando en cuando  
 Tronar furioso, como hacia Homero;  
 Que no es ménos feroz lo que refiero,  
 Cual suele en una noche de verano,  
 Cuando la turba está de los vivientes  
 En plácido reposo sumergida,